

EL AUTOR

Víctor Aguirre es el pseudónimo de un reconocido autor español. Ha elegido no desvelar su nombre porque esta novela le parece demasiado gamberra, y también, para qué vamos a engañarnos, porque no le apetece que los talibanes de nuestra cultura, los torquemadas de nuestra política y las gestapos incendiarias de las redes sociales (cualquiera que sea su bando) le den el coñazo. Como dicen en su pueblo: «El que quiera joder, al río».





Víctor Aguirre





¡ES ÉL!
¡HA VUELTO!

**Ediciones
Insólitas**







«En una dictadura se sabe
quién manda y en una demo-
cracia se sabe quién no manda».

CHARLES BUKOWSKI







I

11 de julio de 2010

Escuchó voces lejanas, aunque la resonancia acudía en un hueco de sombra y luz, con la borrosidad cóncava del sueño sobre sus párpados a medio abrir. Oía lejanas aquellas voces, aunque percibía su peso, cayendo sobre él la resonancia próxima como un recuerdo súbitamente extraviado en lo oscuro del instante, un olvido sin significado en la apabullante esfera de la eternidad. Poco a poco, logró entender



algunas frases sueltas. Al cabo del rato, algo más despejado en su lento despertar, devanó el sentido de lo que parecía una conversación:

—No vamos a estar siempre escondiéndonos, encerrados bajo techo.

—Me parece que tú eres de los que van a pasar la vida escondiéndose.

—Ya conoces a mi padre. Sabes cómo piensa. No podemos hacer otra cosa... Mientras yo viva en su casa, no podemos.

—No podrás tú. No hables por los dos. Yo dejé de disimular hace mucho. Soy el maricón oficial del pueblo.

—No digas burradas.

Hacía calor. Ésa fue la siguiente percepción, tras los sonidos. Mucho calor.

—¿Vamos a nadar?

—Para una vez que nos vemos aquí, a solas... ¡Vamos!




Había un río más allá de los matorrales donde había despertado. Llegaron nítidos los chapoteos, el rumor del agua sorbiendo entre las piedras lisas, redondas de la orilla.

— ¡Está muy fría!

— Pero hace tanto calor...

Un calor seco, quieto, de secarral y chicharras desesperadas, inmóvil como una lápida incandescente pegada a su ropa.

Otra dificultad: la ropa. Le asfixiaban aquel tabardón de grueso paño con el cuello cerrado en torno a la nuez, los pantalones de lana, los guantes blancos de seda. Las vestiduras pesaban como grilletes y olían a moho de cuarto trastero, a mausoleo cerrado durante siglos.



Hizo un primer esfuerzo por incorporarse. Consiguió permanecer sentado, a la sombra de los matorrales. Con mucha paciencia y mucho sudor logró desembarazarse de la vieja chaqueta orlada con bandas rojas, amarillas y negras. Guardó el pañuelo amarillento, acartonado, que adornaba en el bolsillo superior. Se quitó los guantes y los arrojó lo más lejos que pudo. Arrancó lazos y chorreras de la camisa. Las botas y el pantalón aún podían servirle. Ya encontraría la manera de librarse de aquellas prendas empercudidas, tan agobiantes.

Sudaba como un fogonero, como un hombre mucho más joven de lo que era. Así se sintió: insólitamente ágil tras el largo sueño, extrañamente renacido en una juventud que no le correspondía.


«Bien está», se dijo. «Los milagros son los milagros».

Anudó las cuatro esquinas del pañuelo e improvisó un gorro para protegerse del sol. Se puso en pie sin dificultad. Caminó hacia el lugar de donde había supuesto que provenían las voces.


Aún deslumbrado, casi a tientas en la vertiginosa claridad de la tarde veraniega, arrastró sus pasos entre los matorrales, siguiendo la orilla del río. A lo lejos distinguió las figuras de dos jóvenes que se bañaban, reían, nadaban como si hubieran uno del otro y se buscaban después para salpicarse uno al otro, entre risas y bromas.

Decidió ir a su encuentro.


Mientras se acercaba, los jóvenes salieron del agua. Brincando sobre las piedras que quemaban las plantas



de sus pies, buscaron un remanso a la sombra. Allí repitieron el simulacro de lucha, lanzándose cuerpo a cuerpo, revolcándose en la arena. Los dos estaban desnudos, cosa que le pareció lo más natural. También él, en sus años de extrema mocedad, se bañaba desnudo en las pozas de Cabalo, en compañía de sus hermanos y amigos. «La juventud y la inocencia son dos virtudes que nunca deberían perderse», pensaba.



—Muchachos... ¿Pueden ayudarme, por favor?



Los dos, más alarmados que sorprendidos, se incorporaron de inmediato. La arena se les había pegado a la piel y hacía destellar sus cuerpos como súbitos seres traviesos aparecidos desde la espesura, desvelados en el claro de la orilla por la luz de media tarde.

—¿Quién es usted? —preguntó el que parecía mayor de ellos.

—¿Nos estabas mirando..., ¿eh? ¿Estabas mirando? —protestó el otro, en actitud bastante más desconfiada.

Respondió como pudo, intentando organizar en pocas palabras las pocas verdades que sabía sobre sí mismo en aquellos momentos.

—Sinceramente, joven: sin gafas no veo a dos palmos. No sé dónde las habrán puesto... Si es que las pusieron. No sé...

Juntaba los párpados para forzar la vista. Cuanto más próximo se sabía de los dos bañistas, más se le representaban como bultos borrosos, relucientes en el fervor de la tarde de verano.

—¿Podrían decirme dónde estoy? Los jóvenes se vestían apresura-

damente, trastabillando. Con cele-
ridad de culpa, no de vergüenza, se
vestían.

—¿De verdad no sabe dónde se
encuentra, buen hombre? —pre-
guntó el de más edad.

—Hace tanto calor... Y sin gafas...
¿Dónde estarán las malditas gafas?

—Es un veraneante —afirmó el
segundo bañista—. Con esas pin-
tas, seguro. Habrá estado con la fa-
milia, de barbacoa, y después de la
sangría y la siesta no se entera de
nada. A su edad...

—¿Ha bebido usted mucho,
abuelo?

Respondió enseguida. De aquella
pregunta sabía la respuesta:

—No bebo nunca. Una vez me
puse medio piripi y no me gustó.

—Pues la familia lo ha dejado
plantado.

Reflexionó unos instantes. Después dijo:

—No me extrañaría.

El más joven de los bañistas desnudos que ya eran bañistas vestidos, gritó:

—¡Está a la vera del río, en Cantapiedra! ¡El camping queda al otro lado!

Tuvo la impresión de que le gritaba para que entendiera, no para que oyese.

—¡Si remonta la trocha, ahí mismo, a la izquierda, y camina seiscientos metros, llegará al pueblo!

—¿Al pueblo?

—Sí, hombre. Al pueblo. ¿No se aloja usted en el hostel? ¿Ha cruzado el río desde el camping?

Quedó indeciso. Pensó y repensó la contestación. Le parecía inútil hablar a aquellos jóvenes re-

cién salidos del agua, tan inquietos luchadores sobre la arena, de la oscuridad y el sueño de arcón antiguo del que acababa de despertar.

—No lo sé, amigos míos. No tengo idea de dónde me alojo, si es que me alojo en algún sitio.

—¡Ay, Dios! ¡Al paisano aún no se le ha pasado la cogorza!

—No seas impertinente, Agustín —reprochó el de más edad las palabras de su amigo—. A lo mejor es algo más serio. Ya sabes...

El llamado Agustín agachó la mirada.

—Sí. Puede ser.

Insistió el bañista más asesado por la edad y la experiencia, las cuales, de todas formas, eran corta edad y corta experiencia:

—Mire, buen hombre. Lo me-

jor es que eche a andar. Llegará al pueblo enseguida. Una vez allí... Pregunte. Le acompañaríamos muy gustosos, pero no es posible. Tenemos cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —preguntó Agustín.

—Calla, hostia... —susurró su compañero de baños y luchas en la arena. Enseguida volvió a dirigirse al recién aparecido.

—¿Podrá llegar usted solo?

—Creo que sí.

—¿Seguro?

No sería peor que orientarse en los llanos de caza de Ciudad Real, o en los barrancos y desiertos de Jebha, pensó. En cuanto a seguir el cauce de un río, nació sabiendo. Al menos eso le decían los forestales del Ulla, en los cotos pesqueros de Gimonde y Louro.

—Seguro. No se preocupen por mí.

—Entonces, quedamos más tranquilos.

—Tenga buenas tardes, abuelo.


Se miraron los bañistas. En un segundo, sin palabras, acordaron la huida. En dos segundos y en dos saltos recogieron ropa y toallas y se perdieron entre el arbolado.

Escuchó sus risas mientras se alejaban.


*

Tal como habían prometido los bañistas, apenas tuvo que caminar diez minutos por la carretera para llegar a las afueras del pueblo. Leyó la placa indicadora: «Alcázar de San Dimas».


No se sentía aún despejado para forzar la memoria, por lo que dejó




para más adelante el trabajo de recordar en qué punto concreto de la geografía patria se ubicaba aquella población. Además, el calor lo aplastaba.




Cuando llevaba recorridos unos doscientos metros por la linde del asfalto, se dio cuenta de que bajo la camisa de algodón lo atosigaba una camiseta de felpa, de manga larga, bien abrigada. El sudor la empapaba como el agua del cubo a la fregona. Se despojó de ambas prendas, echó a un lado del camino la inoportuna camiseta y volvió a ponerse la camisa. La dejó colgandera sobre los pantalones, con un par de botones abrochados.




El sol le recalentaba la cabeza, a pesar de la débil protección del pañuelo. Los botines viejos, agrietados, empezaban también a humedecerse




por el sudor que resbalaba piernas abajo. Tuvo la sensación, algo incómoda, bastante siniestra, de que los fluidos emanados de su cuerpo eran una mezcla impúdica de sudor humano y elixires de otro mundo, bálsamos funerarios y potingues de tannatorio. Intentó olvidar cuanto antes aquellas aprensiones.



«Alcázar de San Dimas... Un pueblo de tantos», se dijo. Un pueblo como todos los pueblos de la severa, recia tierra del interior. Seguramente una población agrícola y ganadera, pensaba. A aquellas horas del día, bajo el calorón veraniego, Alcázar de San Dimas ofrecía de sí, ante cualquier recién llegado, la viva imagen de la siesta. Española, por supuesto.




Recorrió las primeras calles tras el desvío. No se cruzó con ningún




vecino. Había algunas casas unifamiliares con cochera, jardín y huertecillo trasero. Estuvo tentado de llamar a alguna de ellas y pedir auxilio, pero le contuvo la idea de molestar en horas de sesteo. Seguramente —se consolaba—, en el centro de la villa habría un par de cafeterías o cualquier establecimiento público donde podrían atenderle.


Continuó caminando.




Lo primero que aprendió de Alcázar de San Dimas fue lo evidente: era un pueblo bastante pequeño.




Llegó enseguida a la plaza del ayuntamiento. Aparte de la casa consistorial, en cuyo balcón colgaba la bandera roja y gualda en medio de otras dos que no supo identificar, había una oficina del Banco de Santander y otra de la Caja Rural. También dos cafeterías con es-



caso público. También un local sin vidrieras a la calle, abarrotado. De su interior provenía un murmullo tenso, contenido, como si las personas allí guarecidas del bochorno vespertino conocieran la inminencia de algún hecho trascendental, cataclísmico, y aguardaran su suerte como el reo que espera oír la palabra «inocente» o «culpable» del jurado encargado de sentenciarlo.



Se aproximó al establecimiento. Había una pantalla rotulada sobre el amplio dintel: «Casino Municipal».



Estiró el cuello para indagar en el interior, pero sólo consiguió distinguir un montón de espaldas, el escudo humano de gente quieta, expectante, con la mirada fija en un punto del local donde, seguramente, se producía el evento que los había convocado.

Bajo una balconadura rebotante de geranios, al amparo de la breve sombra, se concedió unos momentos de calma para decidir qué establecimiento visitaría, cualquiera de los cafés abiertos o el casino lleno de gente. No tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos.

De súbito, en imparable turbión de sucesos portentosos y emociones desatadas, rugieron las gentes que colmaban el casino:

— ¡Sí... Tuya..., tuyaaaaa!

— ¡Ahora! ¡Vaaaaamos!

Hubo tregua expectante. Una décima de segundo. Tras el parpadeo de tiempo en el limbo del azar, nació un grito colosal, unánime como la voz de un pueblo que habla con Dios de tú a tú. Ancestral como los gemidos de la tierra y el silencio de los muertos:

—¡¡¡Gooooooooool!!!

El estrépito fue ensordecedor. No sólo vibró el casino. Vibró la villa entera. Cada casa y cada domicilio se removieron, crepitaron desde los cimientos. En las cafeterías de poca clientela se mostraron los parroquianos tan ruidosos como el que más. Del edificio del ayuntamiento, desde el cuerpo de guardia de la policía local, llegó el mismo grito: «¡Gol!».

Hasta el empedrado de las calles tembló, agitado por el poder de la suprema palabra liberadora: gol.

«Siguen como siempre, menos mal», pensó.

Diez minutos más tarde, las calles del pueblo estaban inundadas por automóviles que hacían sonar las bocinas mientras sus ocupantes asomaban por las ventanillas,

gritaban y agitaban banderines de España. La plaza del ayuntamiento era un festín de cánticos y enseñas nacionales. En cada balcón de cada casa había curiosos —los menos—, y entusiastas de la victoria —los más—, quienes, como no podía ser de otra forma, flameaban banderas rojigualdas.

—¡Campeooooones..., campeooooones..., oe, oe, oeee!

—¡Es-pa-ña! ¡Es-pa-ña!

—¡Yo soy español, español, español!

La marabunta crecía, el jolgorio se multiplicaba. Tiempo después sabría que Alcázar de San Dimas era un cabildo con ocho pedanías. De todas ellas, en coche, en moto, en bicicleta, se trasladaban a la cabecera del municipio para seguir la fiesta.

La multitud lo arrollaba. No le impresionaba, a él... No le impresionaba la multitud, pero desbordaba sus esfuerzos por entrar en el casino y conseguir un humilde vaso de agua que calmase su sed de hospital y dormitorio eterno.

— ¡Campeooooones..., campeooooones..., oe, oe, oeee!

— ¡Es-pa-ña! ¡Es-pa-ña!

En al balcón del ayuntamiento, un funcionario conectó los altavoces. Se escucharon enseguida, con aparatosa intensidad de decibelios, las notas del «Que viva España» interpretadas por Manolo Escobar.

Entre flores, fandanguillos y alegrías nació mi España, la tierra del amor. Sólo Dios pudiera hacer tanta belleza, y es imposible que pueda haber dos...

«Si no vuelvo a morirme, esta vez de sed, todo va saliendo como es debido», se decía, se animaba en la ímproba tarea de alcanzar el mostrador del casino.

Echó de menos el olor a tabacazo que solía impregnar las viriles reuniones deportivas en recintos como aquél, en otro tiempo, desde luego. Tampoco el tufo a sudor alcanzaba la infamia de la sobaquina. El calor era asunto aparte, en su apogeo racial: el calor humano de una fiera sauna.

— ¡Qué golazo!

— ¡Inieeeeestaaaa! ¡Inieeeeestaaa!

— ¡Tenía que haberlo fichado el Madrid, me cago en Dios!

Vio una pantalla de televisión —le pareció inmensa—, sobre una especie de tablado erigido al final de la sala. Las imágenes repetían una y

otra vez el gol que daba a España el título de campeona del mundo.

«Al final triunfó el color en TV, quién lo hubiera pensado... Con lo bien que se veía todo en blanco y negro».

Avanzaba penosamente, dejándose estrujar por la multitud, escurreándose entre brazos y hombros y barrigas prominentes, en dirección al mostrador. «Con lo que me gustaban las películas en blanco y negro como Dios manda. En fin...».

Un movimiento brusco, espontáneo, de la concurrencia, cambió la dirección de sus pasos. Empujado por el gentío, fue a parar frente al televisor.

Un hombre de edad madura y cabello entrecano, especialmente barrigón, embutido en una camiseta de la selección española de fútbol,

departía con los vecinos, estrechaba manos a todo el mundo y correspondía a los parabienes de los exaltados celebrantes.

— ¡Alcalde! ¡Enhorabuena, coño!


— ¡Que viva España!

Uno de los que llegaban para saludar y felicitar, llevaba en la mano un botellín de Coca-Cola. No pudo resistirse más.


— Permítame, buen hombre.

Tomó el recipiente y lo vació con ávidos tragos. El dueño de la Coca-Cola se lo quedó mirando con cara de «ganas me dan de arrimarte dos hostias, y te libras porque eres más viejo que los semáforos, cabrón».

Consciente de la animosidad del vernáculo, se colocó hombro con hombro junto al alcalde. Empezó a saludar y estrechar la mano a



todo el que se acercaba. El tipo de la Coca-Cola cedió entonces en su inquina. Quizás había un malentendido... Era posible que el anciano forastero, vestido como cualquier despistado de la capital, por supuesto ignorante de los rigores veraniegos de Alcázar de San Dimas, fuese un buen amigo del alcalde y, también quizás, había pensado que llevaba la bebida para él, o para el mismo alcalde, aunque la sed y el calor habían podido con su buena educación.




Afrenta olvidada.

— ¡Enhorabuena!

— Gracias —respondía el alcalde, satisfecho y con una sonrisa como una media luna.

— Muchas gracias... Muchísimas gracias —repetía él, al tiempo que estrechaba la mano a todo el



que previamente hubiese saludado al alcalde.

En pocos minutos, de manera espontánea y por natural mecanismo de emulación, se organizó una especie de besamanos. Una nutrida hilera de lugareños, pegados a la pared del casino, hacía cola para saludar al alcalde y al personaje que había a su lado, aquel anciano vestido como un Adán y con un pañuelo anudado en la cabeza —a saber quién, con qué potestades—, que no dejaba de sonreír y repartir apretones de mano.

Una mujer se acercó llevando en brazos a un niño de corta edad. Besó al alcalde en ambas mejillas. Después estrechó la mano del hombre anciano. Él acarició la coronilla del bebé y le dio un beso en la frente.

—¿Y usted quién carajo es?
—le preguntó el alcalde, sin dejar

de mirar a sus vecinos y sin dejar de sonreír.

—Pues, verá usted... —respondió—. Soy el que solía..., suele ocurrirse de estas cosas.

Alzó la mano, señalando el entorno en círculo figurado.

—¿De la pantalla gigante y la señal de televisión? —insistió el alcalde.

—La televisión... También, sí, claro. Desde luego que sí. La televisión es muy importante.

—Ya les dije a los técnicos, antes de que se marcharan, que el consistorio está en las últimas. Hasta que no aprobemos los presupuestos de este año... Hasta que nos los apruebe la Consejería de Administración Local, quiero decir, no podemos hacer frente al pago.

—No se preocupe ahora por eso. No he venido a cobrar sino a dar.

— ¡Hombre, eso es bueno! — reía el alcalde como si le hubiesen contado un chiste irresistible—. ¿Qué es lo que piensa darnos?

— Un poco de organización.

Estaba a punto el alcalde de soltar la gran carcajada cuando llegó hasta el lugar que ocupaba, y se detuvo delante de su barriga, alguien que ya conocía al anciano: el joven bañista que una hora antes le había orientado para que pudiese llegar al pueblo.

— Padre, no he estado antes, durante el partido, porque...

— ¡Porque eres un desgraciado! —le recriminó el alcalde—. ¡Siempre escaqueándote y siempre perdiendo el tiempo! ¡Menos mal que estaba aquí Genaro para hacerse cargo del aparato este —señaló el televisor—, y todos esos mandos!

—Es que...

—¡Ni *esque* ni leches!

El anciano forastero se decidió a intervenir.

—No riña usted al muchacho, buen hombre. No es día para que un padre y su hijo discutan. Además, la culpa no es del mozo, sino mía.

—¿Culpa suya? —lo miró el alcalde incrédulo.

—Me ha sido de gran ayuda. Temo haberle hecho perder el tiempo.

—¿Le ha ayudado a usted en la organización de todo esto?

—Como se lo digo.

El joven lo miró con gratitud. Era la primera mirada amable, la primera sonrisa amable que recibía en aquellos inicios de su, por el momento, incomprensible existencia.

—Bueno, ya hablaremos —despidió el alcalde a su hijo.

Enseguida se dirigió al forastero:
— Y por usted, señor mío, aparte de darle largas en el asunto del pago de los servicios de su empresa, ¿qué más puedo hacer?

— Necesito cinco cosas.

— Cinco, nada menos.

— Sí, señor. Cinco cosas.

Sonrió un tanto ladino el forastero recién llegado a Alcázar de San Dimas, más viejo que los semáforos, tal como lo definiera en sus adentros el lugareño de la Coca-Cola. Viejo, ciertamente. Y diablo por viejo.

— Una botella de agua mineral, unas gafas de présbita, ropa decente, un sitio donde pasar la noche y una cita mañana a las nueve en su despacho.

— ¡Vaya! ¿Nada más?

Respondió con la misma autoridad, tan afable y tan sutil:

—No quisiera abusar hoy, por ser el primer día. Pero no me vendría nada mal una partida de nacimiento.

*

Al día siguiente, a la hora acordada, tocado con borsalino de rejilla, calzado con deportivas Nike y vestido con tejanos y una camiseta de la selección española —concretamente el número 6, el de Iniesta—, el anciano recién aparecido en Alcázar de San Dimas compareció en el despacho del alcalde.

Lo esperaban con verdadera curiosidad, con verdadera apremiante ansiedad, de la de tomarse una copa de cazalla mañanera para calmar los nervios, o un valium. O las dos cosas.